

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1926

Sábado 31 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La conciencia de un maestro de escuela*, por Jacinto López.—*Homenaje*, por Rubén Coto.—*La Fuente del Caminante*, por Pío Tamayo.—*Tacna y Arica*, por A. Torres Rioseco.—*Se hará una finca, pero no una Patria*, por C. Picado T.—*Poemas de amor*, por Alfonsina Storni.—*Ante la Fuente del Caminante*, por José María Zeledón.—*Elogio de un maestro de honor*, por Octavio Jiménez.—*Párrafos y Una tarde en el pueblo*, por Clara Diana.—*De la experiencia*, por Max Jiménez.—*El poeta argentino Rafael Alberto Arrieta y los niños de Costa Rica*, por Luis de Zulueta.—*Genaro Estrada, Pero Galín*, por Xavier Villaurrutia.—*Grandes y pequeñas ciudades*, por J. de la Luz León.—*Palabras*, por Arturo Urién.—*Carta alusiva*, por Carlos Wyld Ospina.—*Asteriscos*, por J. C. Sotillo Picornell.—*Bibliografía titular*.

*Para el Dr. don Jorge Volio, con la
corrección de erratas que no tuve opor-
tunidad de hacer antes de la im-
presión de este folleto.*

Panamá, 20 de abril de 1918.

M. García Flanuncos

PARA LA HISTORIA DE COSTA RICA

El asesinato político del ex-director de "El Im- parcial" y Diputado al Congreso don ROGELIO FERNANDEZ GÜELL.

Facsimile de la primera página del famoso folleto en que el maestro MARCELINO GARCÍA FLANUNCOS delató el horrendo crimen de Buenos Aires.

(Véase el texto casi completo, en el artículo de don Jacinto López, páginas 50 y 51 de esta entrega).

Soy salvadoreño y he vivido tres años en Costa Rica dedicado a la educación popular. En febrero último vine a Buenos Aires del Cantón de Osa a servir la escuela de la localidad, y habiendo guardado prudente neutralidad en el país en asuntos políticos hasta el 15 de marzo último, este día me declaro en mi calidad de hombre honrado, en enemigo franco del gobierno de los señores Tinoco, que autorizan el asesinato de don Rogelio Fernández Güell, Carlos Sancho, Jeremías Garbanzo, Ricardo Rivera, Salvador Jiménez y Joaquín Porras.

Llanamente y sin encono, pero con ansia de justicia, quiero exponer por la prensa mi protesta que sintetizo en la siguiente declaración que exprofesamente yengo a dar a Panamá, ya que en los actuales momentos no hay quien me la reciba en Costa Rica.

Tenía orden el Jefe Político del Cantón de Osa, de capturar a varios fugitivos revolucionarios que debían pasar por Buenos Aires, y para cumplir su misión habíase trasladado con un reducido retén a Boca de Limón, lugar estratégico más vecino a la frontera panameña. El 13 de marzo llega a Buenos Aires en marcha precipitada el Agente de Policía de El General y manifiesta que al lugar de su residencia han ingresado siete revolucionarios bien armados, y que teniendo él que salvar su vida en peligro, ha dejado en libertad a Carlos Sancho, fugitivo que había caído en su poder con días de anticipación. Los bonaerenses entonces se preparan para la captura respectiva, que ellos desde un principio entendieron por matanza; mandan aviso al Jefe Político ausente y esperan.

El 14 a las 7 p. m. llega Patrocinio Araya a la cabeza de 11 policías de la 2a. Sección y 20 reclutas de El General, Santa María y otros lugares. Pregunta por Fernández Güell y los suyos y como se le dice que no han pasado, trata de inútiles a los de Buenos Aires y asegura que la noche anterior o el propio día, han cruzado la población los revolucionarios en fuga. Expone el cansancio de sus soldados que salieron de San José en la tarde del domingo 10 y se establece un deficiente servicio de vigilancia con civiles del lugar, encabezados por el turco Antonio Ibarra, Presidente Municipal.

La conciencia de un maestro de escuela

El 15 de marzo de este año (1918) fueron asesinados en Buenos Aires, cabecera del Cantón de Osa, en Costa Rica, a medio camino entre San José, la capital, y la ciudad de David, Panamá, cinco individuos, costarricenses todos. Estos señores se habían alzado en armas contra la dictadura personal e irresponsable del hombre que el 27 de enero de 1917 destruyó, siendo Ministro de Guerra, el Gobierno Constitucional de la República, y lo sustituyó por un Gobierno de farsa, de usurpación y de fuerza. Fracasada en pocos días la intentona revolucionaria, huía aquel grupo de alzados buscando la frontera de Panamá. El más noble en el grupo de fugitivos era Fernández Güell, escritor, periodista y hombre público. Era la pluma del Partido Republicano de Costa Rica. Fué Director de la Biblioteca Nacional de México, bajo el ilustre Madero. Había viajado, y era hombre leído. Escribía con vigor, y su frase era hermosa y sonora. Había sin duda en él un hombre de inteligencia, y un hombre de lucha por el bien.

El delator de este crimen es un maestro de escuela salvadoreño, establecido en el villorio de Buenos Aires que «ahora cuenta», como él dice, «unas once casas y sesenta ranchos de palma». Hasta ese día, el maestro de escuela fué un hombre apacible, oscuro, ignorado, su vida consagrada ingenuamente a su humilde magisterio, en regiones remotas, despobladas, casi desconocidas, pueblecitos escondidos en la montaña como un nido, un día sorprendidos por la brutal visita de la maldad de las ciudades. Hasta ese día del crimen, el maestro de escuela salvadoreño fué indiferente y manso en su invariable existencia de pastor de la infancia campesina, interesado sólo en su ingrato y fecundo apostolado, insospechado hasta de sí mismo, feliz en su insignificancia de mentor de aldehuelas en tierras de limbo y de silencio. Pero en el maestro de escuela salvadoreño había una conciencia, una gran conciencia, y él lo supo ese día. El crimen del 15 de marzo lo reveló a sí mismo, y lo ha revelado después al mundo. Nada hay más bello que la sublevación de un alma cándida ante el horror de un crimen. «Este día me declaro», dice, «en mi calidad de hombre honrado, enemigo del Gobierno de los señores Tinoco que autorizaron el asesinato de Rogelio Fernández Güell, Carlos Sancho, Jeremías Garbanzo, Ricardo Rivera, Salvador Jiménez y Joaquín Porras». Ese día, el maestro de escuela del pueblecito de Buenos Aires, emigrado del Salvador con la divina lucecita de su apostolado, y refugiado como un redentor en las montañas de Costa Rica; ese día, el oscuro y manso maestro de escuela, hizo una acción tan noble y tan ilustre como la de los héroes y los mártires que lanzaron por primera vez el grito de libertad en América.

Ese día él fué fuerte y grande y magnífico como un instrumento de la eterna justicia. Entre aquellos rústicos, él fué el espíritu humano, él fué la conciencia humana, él fué la revelación, y prestó un eminente servicio a la verdad y a la justicia.

El maestro de escuela, vió el crimen y corrió a contarlo. El no vió el crimen por casualidad, sino que fué expresamente a verlo. Tuvo el valor de ser testigo, porque se sintió con el valor de dar al mundo su testimonio. El vió que había allí una misión que cumplir, y la cumplió heroicamente. Otro habría huído de la responsabilidad. El la buscó. No hay nada más admirable que la sublevación de esta conciencia, ni más cautivador que su sencillez y su transparencia en el relato de sus emociones frente al espectáculo. «Llanamente... con ansia de justicia», dice, «quiero exponer por la prensa mi protesta en la siguiente declaración que expresamente vengo a dar a Panamá, ya que en los actuales momentos no hay quien me la reciba en Costa Rica».

La mentira oficial había llorado ya la muerte de las víctimas, había profanado su memoria honrándola con pérfidos elogios que exaltaban el valor con que habían caído en lucha igual, y había pervertido los hechos inventando la fábula de un incidente ordinario de la guerra, un encuentro, una sorpresa. La mentira oficial no contó con el maestro de escuela. «He vivido tres años en Costa Rica dedicado a la educación popular. En febrero último vine a Buenos Aires, del Cantón de Osa, a servir la escuela de la localidad...» En febrero. El crimen fué en marzo. ¿Quién arregla las cosas de este modo? ¿Quién puso el testigo en el sitio la víspera del crimen?

* * *

Dice el testimonio del maestro de escuela:

«Tenía orden el Jefe Político del Cantón de Osa, de capturar a varios fugitivos revolucionarios que debían pasar por Buenos Aires, y para cumplir su misión habíase trasladado con un reducido retén a Boca de Limón, lugar estratégico más vecino a la frontera panameña. El 13 de marzo llega a Buenos Aires en marcha precipitada el Agente de Policía de El General y manifiesta que al lugar de su residencia han ingresado siete revolucionarios bien armados, y que teniendo él que salvar su vida en peligro, ha dejado en libertad a Carlos Sancho, fugitivo que había caído en su poder con días de anticipación. Los bonaerenses entonces se preparan para la captura respectiva, que ellos desde un principio entendieron por matanza; mandan aviso al Jefe Político ausente y esperan.

«El 14 a las 7 p. m. llega Patrocinio Araya a la cabeza de 11 policías de la 2.^a Sección y 20 reclutas de El General, Santa María

y otros lugares. Pregunta por Fernández Güell y los suyos y como se le dice que no han pasado, trata de inútiles a los de Buenos Aires y asegura que la noche anterior o el propio día, han cruzado la población los revolucionarios en fuga. Expone el cansancio de sus soldados que salieron de San José en la tarde del domingo 10 y se establece un deficiente servicio de vigilancia con civiles del lugar, encabezados por el turco Antonio Ibarra. Presidente Municipal.

«Amanece el viernes 15 sin novedad. Con torpeza manifiesta se preparan comisiones de persecución. Yo abro mi escuela y principio mis labores, pero no he terminado mi primera lección, cuando noto carreras en los expedicionarios que en el desorden más completo se dirigen a la vega del río Ceibo, en número de cincuenta. ¿Qué sucede? Fernández Güell y los suyos llegaron el día anterior a la vega referida, que es un campo dividido en muchas parcelas alambradas, cruzado por una red de caminos que forman un laberinto; trató de avanzar esquivando el paso por la población y le fué imposible. Así sucedió que en la mañana del 15, después de haber comido unas sandías, se encontró con unos muchachos campesinos que iban a su labranza; casualizó que fueran los dueños de las frutas y pagándose las don Rogelio, les preguntó si había fuerza armada en el poblado, a lo que contestaron negativamente los muchachos. Pronto, después detuvieron los fugitivos al chiricano Santos Vásquez, a quien ofrecieron 200 colones si los sacaba a la frontera. Vásquez se negó so pretexto de ser extranjero y no querer meterse en líos políticos. Confirmó la falsa noticia dada por los jóvenes campesinos, y los acaudillados por Fernández Güell, con confianza criticable, se decidieron probablemente a cruzar la población a plena luz cuando fueron avistados por el indio Nazario Vidal, que sin recomendación para el caso, voló a dar aviso a la tropa que aún no había salido en comisiones. Este indio motivó las carreras que interrumpieron mi labor y que minutos después produjeron el encuentro de dos bandos tan desiguales: siete fugitivos descuidados que evadían un combate y 50 gobiernistas bien enterados de lo que era el enemigo y ávidos de matar, pues esta era la *orden*, según decía la chusma de ignorantes.

«Eran las 8 de la mañana, cuando principió un nutrido tiroteo a un kilómetro de mi escuela y en el Bajo del río Ceibo. Por precaución trasladé a mis niños a la casa cural y después de algunos minutos de ansiosa expectación, vi regresar cabizbajo y silencioso al turco Ibarra, quien al ser interrogado por mí, me notició del triunfo de los suyos».

El maestro de escuela despachó a sus discípulos y se trasladó «con rapidez a tomar informes al propio lugar del suceso».

«Llegado al Bajo, descubrí a un grupo de los asesinos y cómplices, que conduciendo ileso al indio Aureliano Gutiérrez, vaqueano hasta El General de los vencidos en aquel

momento, vivaban al gobierno, al general Araya y a alguien más, haciendo a la vez comentarios en alta voz. Dos o tres, en cuenta Eusebio Ceciliano, padre de dos discípulos míos, que venía montado a la grupa de un caballo, me reclamaron entusiastas mi felicitación por el triunfo, a lo que yo respondí con una fría felicitación «por verlos con vida». Cien metros detrás venía el herido Salvador Jiménez conducido por brazos culpables. Mas allá yacía mortalmente herido a la derecha del camino Joaquín Porras, a quien el padre Federico Mauback, acababa de confesar lo mismo que a Jiménez. A diez metros en línea oblicua, hacia el Occidente y medio oculto entre el monte, encontré el cadáver de don Rogelio, que presentaba una herida lateral en la rodilla izquierda, dos agujeros de bala en el cuello y dos en el cráneo, la barba y el bigote rasurados y vestido con ropa exterior sencilla, una camisa con pechera a rayas delgadas de azul y blanco, botas de ciudad a dos colores e indumentaria interior toda fina y marcada delicadamente con las dos primeras iniciales de su nombre. Quisimos adquirir para la familia alguna prenda de recuerdo del extinto y sólo encontramos en el bolsillo un lapicito amarillo. Ya había sido despojado de todo lo valioso, como todos sus compañeros, que tenían algunos bolsillos vueltos al revés.

»Avanzando 300 m. y cruzando un brazo del Ceibo formaban triángulo los cadáveres de Carlos Sancho, Jeremías Garbanzo y Ricardo Rivera. Estaban atrozmente heridos a bala y los dos primeros tenían de tal manera destrozado el cráneo, que la masa encefálica hubo de rodar por el suelo».

Patrocinio Araya, jefe de la banda que consumó el crimen, nombró allí mismo Secretario al maestro de escuela, quien dice: «había de escribir a San José y necesitaba mis servicios». Luego explica por qué aceptó: «Acepté sin vacilar pues me interesaba la acumulación de datos».

Es sobre todo interesante este pasaje del relato, ya de regreso todos en el pueblo:

»El entusiasmo seguía en la jauría; cada cual quería ser un matador. El septuagenario cartaginés José Figueroa, alias Cholo, uno de los fundadores de Buenos Aires, propuso que los cadáveres fueran arrojados en una sola fosa y en el lugar del cementerio destinado a los *moros*¹. Un policial pidió una *cumbia* (baile chiricano) como número de celebración. Yo recordé mi posición de maestro de escuela y mi calidad de hombre civilizado, y principié con palabra moderada a llamar al orden a aquella canalla en desenfreno. Luego, la prudencia me olió a cobardía, y en cinco o seis ocasiones y en distintas partes, hice de mi palabra un látigo y azoté a la pacotilla. Dije bien de Fernández Güell y los suyos y fui duro en la crítica de los cobardes vencedores. Nadie me interrumpió en mis ataques, a última

hora muy directos y punzantes, ni el mismo Araya; por el contrario, gané partidarios pasivos y silenciosos sí, pero que aplaudieron, aunque en secreto, mi conducta».

Esa es la conciencia, ese es el hombre honrado, esa es luz del espíritu, esa es la energía humana en la rebelión y la protesta contra el crimen. La enseñanza es de un valor incomparable. En esta tragedia del despotismo y la barbarie, el maestro de escuela es la figura central, él es el héroe, el personaje de cuyos labios mana la más alta revelación de las cosas. Yo recordé mi posición de maestro de escuela y mi calidad de hombre civilizado. No conozco una expresión semejante, en tales circunstancias, de concepción y de sentido de la responsabilidad y de las obligaciones morales de una noble investidura o un noble estado personal. En esas palabras está el principio fundamental y eterno de todo el orden social. Ellas son la fuente del derecho, de la justicia, de la verdad, del valor, de la armonía, de la paz entre los hombres. «El pecado», comenta este insigne ingenuo, «acobarda a las conciencias que no están del todo empedernidas, y aquella gente, que supongo pecó por ignorancia, al comprender su falta, perdió en gran parte el ánimo».



Dibujo de QUIRÓS

Portada del folleto alusivo que se repartió a los niños de las escuelas.

El testigo concluye:

»Hice después un salvo conducto para el correo, sellé con el sello de la Jefatura los oficios y sobres y lacramos entre el policía González, Araya y yo la comunicación para el Ministro.

»Dimos por terminada la labor; pero antes, en un paréntesis, como hubiera oído decir que Araya había ultimado sin necesidad a Fernández Güell, que ya herido en la rodilla se había dado por vencido, interrogué a aquél sobre el particular y me contestó con mezcla de disgusto, saña y cinica satisfacción: «Sí, yo lo maté con mi propio puño; estoy satisfecho». ¿Con el máuser?, replicamos. «No, respondió, con mi revólver, yo no llevo máuser». Y segundos después: «A esa gente no podía llevarla viva, maestro, tenía órdenes expresas».

El maestro de escuela fué con sus niños a depositar «flores y cruces sobre las tumbas de las víctimas el día del novenario». El día siguiente del crimen, «cuando... todavía estaba en la plaza el grupo de asesinos, yo enseñaba a mis niños la palabra ASESINATO... anatematizaba la obediencia ciega y acababa de leerles un artículo de don Rogelio contra la pena de muerte...» Después, «cerré mi escuela en señal de duelo».

1. Los desconocidos.

En el horror del crimen, y en la todopoderosa necesidad de denunciarlo, el maestro de escuela, la sola luz en aquella tiniebla, un caballero entre aquellos villanos, auténtico representante de la civilización en su más verdadera concepción, arquetipo del hombre honrado, del hombre íntegro, del hombre de conciencia, del hombre de corazón, huyó del aldeorrio. Acrisolando la integridad de sus móviles, dice: «De los 28 maestros que formábamos el personal docente de la ciudad de Puntarenas el año pasado, quedaron en lista para laborar este año apenas doce, y a mí no se me excluyó. Maestros hay que actualmente no llegan a evengar treinta colones, y yo ganaba en Buenos Aires 111». El 24 de marzo salió «sin contarle a nadie», para Panamá. «Hice el viaje a pie, en ocho días, hasta llegar a David, sin conocer el sendero y con treinticinco libras a la espalda».

¿No es patético el espectáculo del maestro de escuela, con su talego al hombro, a pie por un camino largo y desconocido; solo, huyendo de la tierra del crimen, abandonando su salario que le daba la vida, abandonando su tranquilidad, su comodidad, su bienestar, su segunda patria, todo, ansioso de ganar la tierra neutral para abrir su pecho oprimido y lanzar al mundo el grito acusador de su conciencia indignada? ¿No es este un espectáculo de heroica, de trágica, de suprema belleza?

El crimen que él cuenta es un lugar común en la historia del despotismo en América, sin que por ello pierda su horror, ni deje por ello de marcar para siempre con su estigma la frente de su autor. El despotismo es asesino. No hay déspota de América que no lleve uno o más cadáveres colgados al cuello. Pero lo que no es común sino extraordinario y formidable es la figura de este maestro de escuela, de este hombre honrado, cuya honradez no es tranquila y pasiva sino activa y heroica, convertido por la irresistible fuerza de su conciencia moral en el personaje culminante de uno de los más sangrientos y horribles episodios del despotismo en América.

Nosotros presentamos el ejemplo de este maestro de escuela a los llamados intelectuales de los países despotizados de América, los universitarios, los escritores, los literatos, los poetas, casta social de implacables parásitos, monstruosos egoístas que viven de mentir y de adular, cantando el crimen y coronando al déspota. Nosotros contrastamos el ejemplo de este maestro de escuela, para afrentarla y humillarla, con el de esa casta de brillantes y felices depravados, fúnebres representantes de la decadencia nacional en los países despotizados de América. Nosotros ofrecemos al mundo el nombre de este maestro de escuela: MARCELINO GARCÍA FLAMENCO, como un altísimo, singular y mágico símbolo de conciencia, de generosidad y de energía humana. Ese hombre es un hombre de acción.

JACINTO LÓPEZ

(De *La Reforma Social*, Mayo, 1918,
Tomo XI, Núm. 1. Nueva York).

Palabras de García Flamenco, confiadas al decoro y vigilancia de los costarricenses responsables:

Hombres de pundonor, hombres honrados, ¿qué decís de lo que os acabo de contar?

Pueblo de Costa Rica, ¿qué resolución pensáis tomar en conocimiento del drama que en corriente frase, pero honrada actitud os dejo dicho? Yo olvido el castigo que semejante crimen merece, para meditar en la previsión de futuros vandalismos y surge a mi mente aquello de que «Destruyendo la causa se nulifica el efecto».

Costarricenses: seréis cómplices de vuestros propios males si dejáis por más tiempo vuestros destinos en manos de sargentos. Constituís el grupo de mayor cultura en Centro América y bueno es que observéis que los Ezetas ya no existen y que si Estrada Cabrera vive, lo hace de una manera moderada.

(Otro fragmento del folleto *Para la Historia de Costa Rica*, del maestro de honor).

El homenaje al maestro de escuela Marcelino García Flamenco

EN el espejo de esta fuente, que se prolonga hasta lo más hondo, dispuesto hacia la concavidad del cielo, veréis cómo se copia la llama vibrante del Sol, el silencioso tiritar de las estrellas, el verso que trazan al pasar las mariposas, las flores, la carita risueña de los niños, el alegre aleteo de los gorriónes, y también la sierpe airada del rayo que es sonrisa tonante de la tempestad. La fuente será entonces, según el momento, vientre fecundo de vida saludable, suspensión del espíritu en la contemplación de lo eterno, armonía, caricia, vivacidad... o protesta.

Generoso fué el hombre cuya memoria se ha querido asociar a esta fuente que mira

hacia lo alto y a lo pequeño; como en ella, en su alma hubo sonrisa de niños, copia de mariposas, temblor de estrellas, aleteo de graciosos pájaros humildes. Y cuando la justicia gimíó adolorida, cuando los traidores escupieron al rostro ensangrentado de la Patria, lo que hubo en el alma del hombre fué el grito viril de la protesta.

Generoso hasta el fin, no se economizó ni aún en el momento del sacrificio supremo que abatió la llama de su vida. Y de haber sobrevivido al martirio, con seguridad que se habría negado a aceptar los honores de la gloria que de lleno le besó en la frente como a paladín dilecto.

Generoso como esta fuente cuyo surtidor se alimenta de una fuerza que viene de lo hondo e ignorado a llenar de poesía el sitio, en la linfa de su espíritu cristalino abrevaron los humildes; y así el hombre fué ejemplo de grandeza sin mancha. Y la grandeza, ha dicho Martí, es ternura. Se ha dicho asimismo que la grandeza lastima a los que no son grandes.

Se ha querido que la fuente cante su canción de amor aquí frente a una escuela, de preferencia a cualquier otro sitio, posiblemente porque se ha tenido más fe en el homenaje de los niños que con ser más puro es más grande, nada egoísta, más generoso, más leal.

Quede, pues, frente a la escuela pública, que es cantera de democracia, quede esta fuente cantando para los niños, al bien, al dolor y a la Justicia.

RUBÉN COTO

San José, julio 18 de 1926.

EL ESTUDIO

Revista mensual. Órgano de la Sociedad de Estudios de Psicología Experimental.
San José de Costa Rica
Apartado 544

Director: Francisco Roldán Hidalgo.
Precio de suscripción: ₡ 0.25 el número

Quien habla de la
presa en su género,
Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.
Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-
singular en Costa
experiencia la colo-

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA
ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

La Fuente del Caminante

La anuncia el Clarín del Poeta:

Fuente ática y cristiana abierta al caminante,
cuando pasa agobiado con el sol en los hombros
y rendida la frente al ideal obsedante
que le arrastra por tierras y por mares de asombros.

Tú ofrendas con el agua de tu fresco raudal
dulce sabor de miel o rancio ardor de vino,
y ya es tu voz lirado surtidor musical
o es soberbio alerta señalando un camino.

Cada gota que cae en tu alberca consagra,
como lágrima viva derramada por Dios,
un recuerdo al vencido paladín que en el abra
de dos montes cayó, murmurando un adiós.

El adiós a este pueblo, luz e imán de su infancia,
que iluminó sus ojos en cadencia solar,
y al enfermarle niño con la fiebre de andancia,
cien auroras más tarde le arrancó de su lar.

Fuente blanda en el chorro y dura en el granito,
como el alma del hombre que fué maestro y soldado,
porque amando a los débiles con amor infinito
de los fieros verdugos fué enemigo cruzado;

el clarín de mi verso te anuncia, fuente, hermana
de las que han abrevado toda sed de idealismo;
a la salud del ánima tu linfa sea liviana
y dé el vigor al cuerpo de tu granito mismo.

Habla la Voz de la Fuente:

Joven que has venido de áridos parajes
donde han polvo y viento tu labio escaldado.
Hombre que has sabido de guerras y viajes
y que te detienes dolido y cansado.

Labriego que surcas los predios eriales,
al sol las espaldas puestas y a la lluvia.
Mujer que elaboras con trigos candeales
esponjados panes de corteza rubia.

Niña que has oído los cuentos amables
de la dulce maestra que un día será abuela.
Niño picaruelo de pies incansables,
robador de nidos, burlador de escuela.

Y vosotros todos los que de la sed
sufriendo os halláis ardores de fragua,
venid a esta fuente, venid y bebed
en el cuenco trémulo de la mano el agua.

Vino, leche y miel surtirá mi grifo
a los que detengan su planta cansada,
o a los que caídos de raudo hipogrifo
sufren la fatiga cruel de la jornada.

Y sepa el viajero, sepa el peregrino
que por perseguir la luz de un lucero
anduvo y desanda camino y camino,
que jamás se agota mi fresco venero.

Soy abierta fuente para el caminante
y el agua que fluyo, sangre de una herida
que en su corazón recibió un viandante,
a la sed de un pueblo dador de la vida.

Soy eterna fuente, nube encadenada
del cielo arrancada por Artemidoro,
para que al beberme como agua regada
germine en las almas la leyenda de oro.

Dice el Guía de los Caminantes:

En canto sonoro tórnese el lamento
y el cuerno saquemos del zurrón mendigo;
aquí está la fuente de García Flamenco
donde el agua brinda su frescor amigo.

Salmodia el Coro de los Caminantes:

Beberemos el agua de la fuente que ataja
en mitad del camino nuestro afán peregrino,
y caerá a nuestros pies la maldita mortaja
del cansancio que agrava la dureza del sino.

Beberemos del agua y al vernos juveniles
jugando con el niño, doliéndonos del llanto,
lavado el corazón de insanos odios viles,
parecerá que cesa toda carga y quebranto.

Y después, al sentir, cual fontana que sangra
fluir de la herida abierta de nuestra rebeldía
el generoso impulso que a los nobles desangra,
combatir juraremos a toda tiranía.

Dice el Caminante Anciano:

Bebed pronto que se abren los caminos inciertos
a nuestros peregrinos afanes de inquietud;
y habrá lóbregas noches y espantables desiertos
en donde no hallaremos fuentes de gratitud.

Canta alejándose el Coro de los Caminantes:

Hemos bebido el agua y una fiebre divina
enciende en nuestras almas la luz de un temblor santo,
del temblor que sufrió la cordillera andina
cuando oyó de los libres en las cumbres el canto.

Padres, madres, abuelos, repetid el cantar.
Decidle a vuestros hijos la leyenda en acción,
del ruiñón que siendo el Maestro al enseñar
tuvo contra los malos, de águila el corazón.

Se oye lejana la Voz del Guía:

En canto sonoro tornóse el lamento
y el cuerno volvimos al zurrón mendigo;
dejamos la fuente de García Flamenco
donde el agua brinda su dulzor amigo.

Pío TAMAYO

San José, Costa Rica,
julio 17 de 1926.

Tacna y Arica

Protestemos contra la barbarie

Señor J. García Monge,
Costa Rica.

Amigo de los buenos:

Le escribo desde éste mi rincón tejano, donde vivo con mi mujer y con mis sueños, para gritarle lo que me quema el pecho desde hace ya años, ante el espectáculo miserable que están dando al mundo esa mi patria (porque allí nació) y ese Perú desgraciado. Leo día por día en lo que ellos llaman grandes rotativos — máscaras infames — mentiras y calumnias y groseros insultos. Un día los peruanos asaltan y matan a un obrero, otro los chilenos degüellan a un niño; en esta ocasión introducen los cholos gente pagada para que vote en favor del Perú, en esta otra los rotos destierran a un grupo de peruanos, etc. Y los diarios publican estas cochinadas a seis columnas, en la primera página, y gesticula la gente en las plazas públicas y dan vivas y muertas.

Acaban de dar estos bárbaros muchos miles de dólares a los yanquis para que paguen su delegación en Tacna. ¿Y sabe usted de dónde han sacado este dinero? Pues amigo, han clausurado los Liceos más útiles de la República, y las Escuelas Normales, y han rebajado el sueldo de los maestros. Todo esto pasa en Chile, en el país de Bello, de Lastarria y de Balmaceda, en este país que se dice culto porque cuenta con una canalocracia adinerada y glotona que se come a carrillos llenos el salitre y el guano. ¡Y se creen cultos! Tenemos allá más de un ochenta por ciento de analfabetas, un millón de esclavos esparcidos por los campos y las ciudades, miles de frailes gordos y ricos, capitalistas que viven en París, viñateros que envenenan al pueblo con sus vinos y que al mismo tiempo ocupan una silla en el congreso cuando no son presidentes del país, embajadas espléndidas en Washington, París, Londres, cientos de miles de empleados públicos que nunca hicieron nada, prostitución autorizada, de la cual el Estado saca grandes ganancias, casas públicas de juego, club-hípicos y cuanto Dios crió. Y ahora que falta dinero para pagar sus comisiones... y las yanquis, rebajan el sueldo a los maestros, a estos pobres maestros chilenos que nunca tienen dinero suficiente para comprarse un buen par de zapatos; cierran los establecimientos de educación alegando «que hay un exceso de maestros».

Como usted sabe, amigo Monge, la comedia del plebiscito ha terminado. Los yanquis han resuelto que se dé a Bolivia el puerto de Arica, así, de una manera paternal. Los banqueros norteamericanos han prometido grandes empréstitos a los bolivianos en caso de que este puerto les pertenezca, para desarrollar sus ferrocarriles y sus minas. Los Estados Unidos necesitan un puerto en el sur del Pacífico. Ya lo tienen.

Yo no sé si nuestros gobernantes pecan

de brutos o de pícaros. Chile y el Perú aceptan el plebiscito. Chile está resuelto a mantener las provincias de todos modos, pierda o gane—así lo declaró Alessandri al Congreso el año pasado;—Perú rechaza el plebiscito cuando cree seguro perder. ¿Para qué molestaron a los norteamericanos? ¿Creyeron engañarlos? Lástima que el cordero esté haciendo el papel de lobo. ¡Y qué caro nos va a costar la travesura!

Con menos hipocresía Chile hubiera podido retener las provincias. Perú sabe bien que no puede sostener una guerra sin perder otra costilla. Con más visión ambos países hubieran podido dar a Bolivia el puerto de Arica con ciertas limitaciones en favor de la integridad continental. Ahora debe seguir la hipocresía y Chile tendrá que hacer frente a las demandas norteamericanas. Yo sé que Chile no abandonará el huesito de la discordia tan fácilmente a menos que nos amedrenten los acorazados yanquis anclados en Arica. Estamos en uno de los más hermosos líos del Panamericanismo y sería para reír a carcajadas si la tragedia no nos tocara tan de cerca.

Y aquí, en este rincón tejano, yo estoy como un niño cuyo padre es arrastrado por la corriente de un río. Chile y el Perú se pierden y con ellos se pierde toda la América. Hasta ayer yo creí libre a la Argentina del peligro, pero ahora creo que hasta ella ha de caer tarde o temprano. Y en vez de regenerarnos, de hacernos mejores, sólo atinamos a clamar en contra de los americanos. ¿Hasta cuándo seremos imbéciles? Hay que clamar allá, y fuerte, y si los lobos no se detienen hay que golpearlos.

Y ahora, García Monge, haga llegar este grito a los oídos de nuestros hombres sinceros y libres. Pero ellos tampoco han dicho nada. ¿Dónde la protesta airada de Alfredo Palacios? Acaso tema ser poco diplomático y ser censurado en su país de ganaderos orgullosos. ¿A dónde la palabra justiciera de Gabriela Mistral? Que hable nuestra compatriota; que no todo se resuelva en poemitas y frases literarias. Echamos de menos la voz recia de Blanco Fombona y de José Vasconcelos, de Manuel Ugarte y de Araquistain. Ahora es el momento de convencer a esos locos de que la única solución es la paz, pero que hasta la guerra sería preferible a lo que están haciendo. Que peruanos y chilenos se destrocen fraternalmente; pero, por Dios, que no nos vendan al oro extranjero tan brutalmente. Ya que *La Prensa*, *El Mercurio*, *El Comercio* de Lima son grandes rotativos — máscaras de infamia—ponga usted, García Monge, su REPERTORIO al servicio de nuestra salvación continental. Que *Nosotros*, *Cuba Contemporánea*, *Rodó*, y los otros órganos libres vibren de la sagrada ira que produce la mala acción chileno-peruana y que nuestros americanistas no se llenen la boca de si-

lencio en los momentos críticos para salir diciéndonos más tarde que los norteamericanos tuvieron la culpa.

Con el corazón apretado le mando este grito que espero habrá de repercutir en los oídos—o mucho más adentro—de todos los hombres íntegros de nuestro continente. Y por no llorar pongo fin a esta carta.

Soy suyo,

A. TORRES RIOSECO

Austin, Texas. U. S. A.

P. D.—Para las juventudes de Chile y Perú, sería de gran utilidad saber lo que opinan los pensadores americanos sobre este asunto. Hasta hoy nadie les ha dicho la verdad en sus respectivas patrias. Nos gustaría oír la voz de los siguientes: Pedro Prado, F. y V. García Calderón, de la Riva Agüero, F. Contreras, Leonardo Penna, Vasconcelos, Blanco Fombona, Palacios, Ugarte, Lugones, Ricardo Rojas, G. Mistral, C. Falcón, G. Monge, Masferrer, Enríque Molina, Araquistain, Altamira, Saul de Navarro, A. Reyes, V. A. Belaúnde, Sanín Cano y veinte más. ¡Y pudiera ser que las opiniones de nuestros mejores hombres tuvieran el dón de cambiar la actitud criminal de nuestros gobernantes!

Así sea.

A. T. R.

Nota del Editor.—Quedan las columnas del REPERTORIO abiertas de par en par a los escritores de honor antes citados. Que el noble y hondo grito de TORRES RIOSECO repercuta en todas las conciencias honradas y clarividentes de las Cuatro Españas. ¡A trabajar, a vigilar, amigos!

Se hará una finca, pero no una Patria

No podemos saber de antemano qué necesita cada terreno ni aún conociendo su análisis químico; es necesario que gente que esté al tanto de una serie de minucias que parecen majaderías a los profanos, se ocupe en hacerlo, y esa labor puede llevarse a cabo en la Escuela de Agricultura, que debería ser una escuela de experimentación agrícola cuyo fin es *echar a perder en pequeño* para que los agricultores no lo hagan en grande.

Ahora, también, en que está a la moda decir que no deben pensionarse maestros ni gastar otra cosa que en caminos y fomentar la agricultura, debemos acordarnos que un lugar con muchas vacas, muchos potreros, muchas plantas y muchos peones, será cuando más una gran finca: jamás un gran país.

Si nosotros hablamos ahora de la Argentina y del Brasil y no de las pampas argentinas y el zacate de Pará es, a buen seguro, por el impulso que le dieron a los estudios experimentales sus grandes gobernantes, entre los que está a la cabeza de todos, la excelsa figura de don Pedro II, Emperador del Brasil.

C. PICADO T.

(De *La Tribuna* del
17 de julio de 1926).

Poemas de amor

ACABABA noviembre cuando te encontré. El cielo estaba azul y los árboles muy verdes. Yo había dormitado largamente, cansada de esperarte, creyendo que no llegarías jamás.

Decía a todos: mirad mi pecho ¿veis? Mi corazón está lívido, muerto, rígido. Y hoy, digo: mirad mi pecho: mi corazón está rojo, jugoso, maravillado.

QUIÉN es el que amo? No lo sabréis jamás. Me miraréis a los ojos para descubrirlo y no veréis más que el fulgor del éxtasis.

Yo lo encerraré para que nunca imaginéis quién es dentro de mi corazón, y lo mereceré allí, silenciosamente, hora a hora, día a día, año a año.

Os daré mis cantos, pero no os daré su nombre.

El vive en mí como un muerto en su sepulcro, todo mío, lejos de la curiosidad, de la indiferencia y la maldad.

EN este crepúsculo de primavera yo volaría: sí, yo volaría.

Si no fuera que el corazón henchido, cargado, doloroso, enorme, llena mi pecho, dificulta mis movimientos, entorpece mi cuerpo, y me mantiene adherida a la tierra donde tú vives, ¡oh, mío!

ESTA madrugada, mientras reposaba, has pasado por mi casa. Con el paso lento y el aliento corto, para no despertarme, te deslizaste debajo de mi balcón.

Yo dormía, pero te vi en sueños pasar silencioso: estabas muy pálido y tus ojos me miraban tristemente, como la última vez que te vi.

Cuando desperté, nubes blancas corrían detrás de ti para alcanzarte.

POR sobre todas las cosas amo tu alma. A través del velo de tu carne, la veo brillar en la oscuridad: me envuelve, me transforma, me satura, me hechiza.

Entonces hablo, para sentir que existo, porque si no hablara, mi lengua se paralizaría, mi corazón no latiría ya, toda yo me secaría deslumbrada.

CADA vez que te dejo retengo en mis ojos el resplandor de tu última mirada.

Y, entonces, corro a encerrarme, apago las luces, evito todo ruido, para que nada me robe un átomo de la sustancia etérea de tu mirada, su infinita dulzura, su límpida timidez, su fino arrobamiento.

Toda la noche, con la yema rosada de los dedos, acaricio los ojos que te miraron.

UN viento helado y agudo me ha envuelto hace un momento como para robarme algo. ¿Sabe, acaso, que estoy saturada de amor,

intenta él, olvido eterno, cargarse de mi constancia, y entibiarse con mi ternura?

Pero, yo le he dicho: ¿no te basta con todo lo que arrastras, vagabundo?

Todo mi amor es poco para mí, no me quites nada.

Es media noche. Yo estoy separada de ti por la ciudad. Espesas masas negras, bloques de casas, bosque de palabras perdidas, pero aun vibrando, bloques invisibles de cuerpos microscópicos.

Pero proyecto mi alma fuera de mí y te alcanzo, te toco.

Tú estás despierto y te estremeces al oírme. Y cuanto está cerca de ti se estrema contigo.

OYE: yo era como un mar dormido.

Me despertaste y la tempestad ha estallado. Sacudo mis olas, hundo mis buques, subo al cielo y castigo estrellas, me avergüenzo y me escondo entre mis pliegues, enloquezco y mato mis peces.

No me mires con miedo.

Tú lo has querido.

TÚ, el que pasas, tú dijiste: ésa no sabe amar. Eras tú el que no sabías despertar mi amor. Amo mejor que los que mejor me amaron.

AYER te vi pasar cerca de mí; ibas bajo los árboles con tu paso [mesurado y la cabeza inclinada, como pesada de pensamientos.

Pero no quise detenerte. Porque aun sueñas conmigo, y todo sueño puede ser muerto, aun por la persona amada que lo provoca.

SUSURRO, lento susurro de hojas de mi patio al atardecer: callad.

¿Por qué me enloquecéis susurrándome su nombre?

El no vendrá hoy.

Piensa en mí, pero no vendrá hoy.

HE bajado al jardín con la primera luz de la mañana.

La fina humedad del rocío refresca mis plantas, y los párpados se distienden bajo la dulzura del aire primaveral.

Veo los rosales en flor, la enredadera de jazmín nevada, la negra raya movediza de las hormigas y el limonero cargado de frutos de oro.

Pero pienso: por fuera tenéis oro y por dentro sois ácidos: el corazón de él no es así, es dulce y bello por dentro y por fuera.

TE veo en cada cosa, todo me sugiere tu pensamiento.

He levantado los ojos y sobre el techo de la casa vecina he visto el tanque que guarda el agua corriente venida del río.

Pienso que acaso estuviste ayer a su orilla y las gotas que miraste hayan subido al vecino tanque.

TE amo, porque no te pareces a nadie. Porque eres orgulloso como yo.

Y porque antes de amarme me ofendiste.

ESTOV en ti.

Me llevas y me gastas.

En cuanto miras, en cuanto tocas vas dejando algo de mí.

Porque yo me siento morir como una vena que se sangra.

EN la casa silenciosa, de patios calmos y frescos y largos corredores, sólo yo estoy despierta a la hora de la siesta.

Quema el sol sobre los mármoles. Vibran las alas de los insectos.

La blanca y familiar perrita apoya sus patas delanteras sobre mis rodillas y me mira de un modo extraño.

Yo le pregunto: ¿también sabes tú que lo amo?

TAÑIDO de campanas, grosero tañido de campanas: herís mi alma y asustáis en esta hora mis finos pensamientos de amor.

EN una columna me apoyo, y te sueño.

Mi mejilla, en contacto con el frío mármol, contagia de hielo a mi corazón.

Gruesas lágrimas caen de mis ojos.

Soy feliz; pero lloro.

ALFONSINA STORNI

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

El Cantar de los Cantares,
en el precioso arreglo dramático de
Juan de Bonafón

En las ediciones del CONVIVIO.

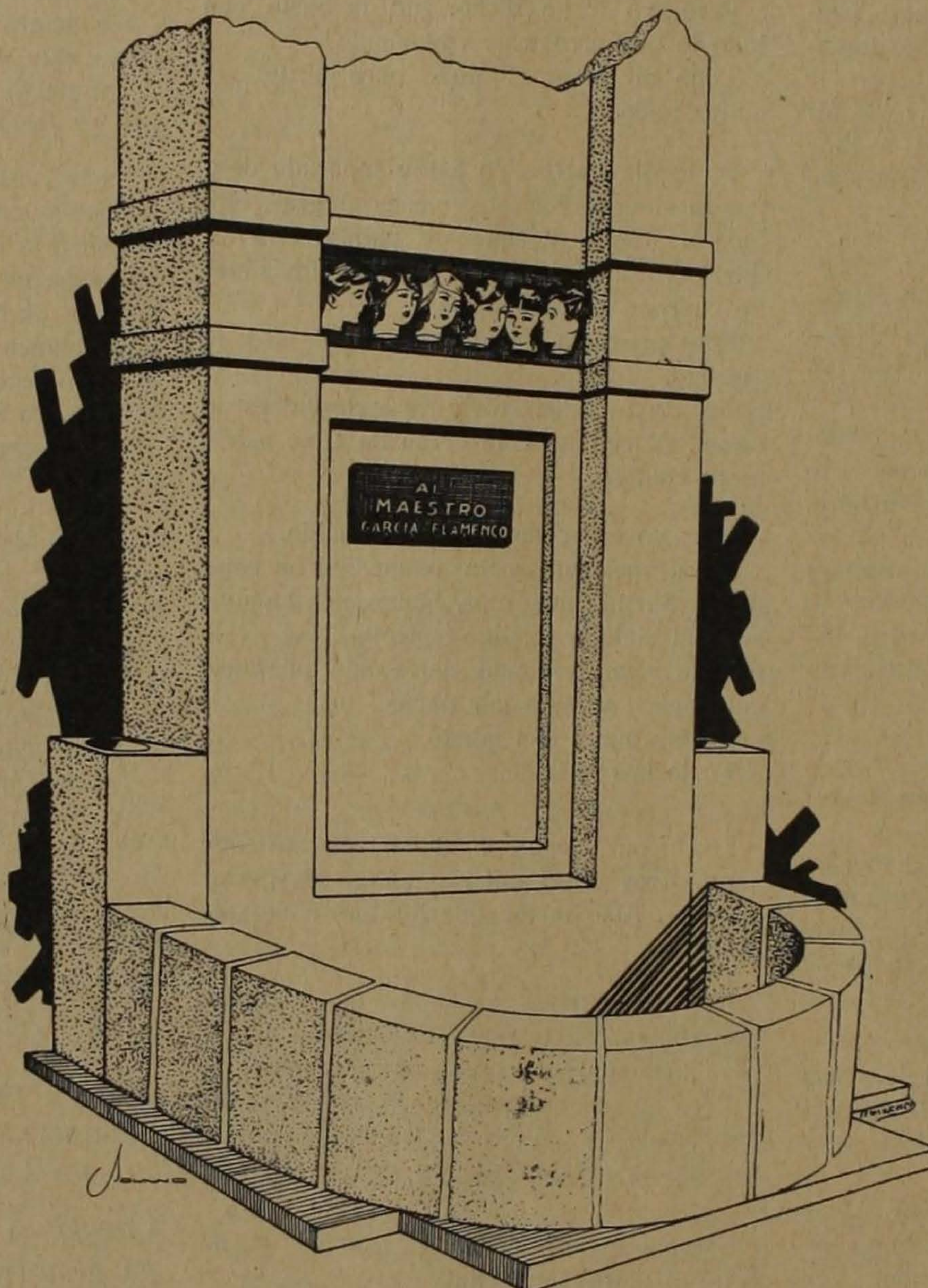
Precio del ejemplar: ₡ 1.00

Solicitenoslo ahora mismo.

Ante la Fuente del Caminante

(En el día de su inauguración)

Las almas sensitivas,
las mentes delicadas
que lograron para esta
memorable enseñanza
tan hondo simbolismo
y tan rústica gracia,
han sentido en su forma
más severa y más amplia
la función del Maestro
verdadero: agua clara
que fluye blandamente
de la materna entraña
en que gestan las Fuerzas,
y los Mundos se plasman;
agua que es un arrullo,
un sollozo, una lágrima
cuando al mecer las cunas
sagradas de la infancia,
teje y desteje ensueños
en las frentes nimbadas
de los niños, y es signo
de abnegación; esa agua
que allá, en los mediodías
de la fatiga humana,
cuando se agostan todas
las bellas esperanzas,
y el ambiente es un vaho
y el camino es un ascua,
en chorro de frescuras
se da a las caravanas
que en pos de su espejismo
por el desierto pasan...
Agua que es agua quieta
cuando el dolor la baña
con sus pálidos lampos
que la pena abrillantan;
agua que no murmura
quejas, sino plegarias
cuando las estrecheces
del terreno la agravian,
y al choque de las guijas
responde con sus cántigas.
Agua de sortilegio
que deja de ser mansa
cuando el agrio peñasco
del error le hace valla,
y pugna y se revuelve
como fiera acosada,
y prorrumpe en bramidos,
y se retuerce, y se alza,
y acallando los ruidos
de la selva cercana,
llena el ambiente todo
con su trueno, y desata



Apunte al natural de NOÉ SOLANO.
Cortesía de EL MUNDO.

en cascadas de aljófares
sus iras que son santas.
Agua mística y suave,
agua bendita, agua
que quita los pecados
de la torva ignorancia
y fertiliza el prado
donde las grandes almas
el hato de sus nobles
pensamientos repastan...

Ese García Flamenco,
ese cultor de infancias,
ese Apóstol que tuvo
sobre su vida diáfana
el airón de un ensueño,
la bandera de un ansia,
fué una fuente escondida
que prodigara su agua

—como el chorro surgente
de la abrupta montaña—
sin reparar a quiénes
su linfa aprovechara,
sin sospechar siquiera
que al fin de la jornada,
desbordado y rugiente,
hecho un alud de plata,
iba a romperse en miles
de estrellas, en la vasta
constelación gloriosa
de nuestra Historia Patria,
al deshacer, heroico,
las rocas de la insania
que obstruyeron el cauce
de la Justicia en marcha.
Su vida fué como esta
fuentecilla que hoy se alza

en honor de su egregia
memoria bien amada.
Discurrió en el silencio
de las cosas sagradas
y fué entre sus delicias
su delicia más alta,
el goce de ser útil
a la empresa mundana,
fecundando conciencias
para la gran jornada...

Por eso a su recuerdo
nadie erigió una estatua
fría, inmóvil, fastuosa,
inexpresiva y vana
—regocijo del polvo
ludibrio de la racha—
sino una fuente viva,
una fuente que canta
como las de los cuentos
infantiles.

Mañana
cuando estos pinos jóvenes
que aquí montan la guardia,
saturen el ambiente
con esencias selváticas
y con los armoniosos
rumores de sus arpas,
cuando en las mañanitas,
cuando en las tardes plácidas
las parvadas de niños
sus canciones con alas
derramen en los bordes
de esta fresca fontana
y rondas de avecillas
se bañen en sus aguas,
el alma del Maestro-
Mártir, arcoirizada,
levantará el murmullo
de su dulce palabra
y seguirán viviendo
con vivir que no acaba,
la lección que nos diera
con su vida preclara
y el ejemplo fecundo
de su muerte gallarda...
vida y muerte que exornan
—tal en una medalla
los simbólicos lauros—
el perfil de la patria.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Julio de 1926.

Elogio de un maestro de honor

FUE un alma superior. Cuanto más se piensa en él más pulida y fuerte aparece su virtud. En la lucha contra el régimen de tiranía es su figura la que despierta un sentimiento de sincera devoción. Muchas vidas heroicas combatieron, pero la de este maestro de escuela, llena de una idealidad tan fecunda la aspiración de la lucha, que vuelve apostolado su conducta. ¿Qué hogar señalado defendía del atropello? ¿Qué hacienda libraba del despojo? ¿Qué persona ponía a salvo del ojo torvo del espía? ¿Qué honra libertaba de la lengua afilada del cortesano? ¿Qué institución alejaba del contacto pestilencial? En suma, ¿qué vinculación personal, permanente y definida limpiaba de la mancha del estrago? No era un costarricense y ninguno de los comunes móviles que a nosotros nos impulsaron al repudio lo hizo a él vestir la librea del deber. Cuando dijo en palabras memorables lo que sus ojos habían visto en un confin de esta tierra, llenó su función de hombre. Allí pudo haber guardado en el estuche de una reflexión justa la paz de su espíritu y el reposo de su cuerpo. ¡Cuántos costarricenses imploraron la salida domiciliándose en suelo extranjero en espera del regreso que les devolviera la tranquilidad doméstica y hasta los dineros que fingieron haber dejado de percibir! El ganó la frontera a pie, después de ocho días de caminar, sin conocer el sendero, con treinta y cinco libras a la espalda. ¡Contraste desolador! Mas, ay! que fue su alma de visionario y no precisa para hacerla fulgurar el roce con la conducta diaria de los hombres. Es seguro que si hubiera tenido que hacer grandes esfuerzos interiores para darnos su enseñanza, ésta habría salido tan raquítica que nada la habría hecho perdurar. En él todos sus actos fueron espontáneos porque nacían de su intuición clara que le dió el saber los infortunios que padecen los hombres cuando la tiranía, arpía fatídica, revolotea señoreándose. No entró a la lucha a derrumbar dos tiranuelos y un hato de ruines palaciegos. Para él esa humanidad era simplemente la ponzoña del Estrago. La redención que persiguió es profunda, porque se dirige a redimir la conciencia del ciudadano. El, extranjero sin intereses aquí, diminutos o grandes, transitorios o duraderos, incorpora su vida a un combate desigual, sin vacilaciones, con el más sereno coraje, seguro de que la aurora del triunfo lucirá reflejos de su espíritu. Y su espíritu es luz que no desentona en ninguna claridad, ni es abatida por ninguna sombra. Alumbra nuestras conciencias para enseñarnos que no debemos vivir indiferentes en la Patria, pegados a la comodidad transitoria, porque cuando el ciudadano no vigila, el desastre está al acecho. Cuántas mezquindades nos salen al paso día con día, las sentimos rozando sus harapos de insolencia y de impudicia, y el callar y ver para vivir es el menguado repudio que lucimos. El ejemplo de este maes-



García Flamenco

tro nos dice que debemos vigilar y combatir cuanto signifique campo propicio para pesebre de despotismos. No fue a combatir hombres sino un régimen de Estrago. A nosotros toca poner a vigilar el espíritu las instituciones de la Patria para que no las empuerque el mal ciudadano. Asearlas elevando sus funciones para que en todo momento la sorpresa del menguado se deshaga en el vacío. Nos incumbe estar atentos a la conducta de los hombres que custodian esas instituciones para que no se desvíen. Porque desdichadamente el mal ciudadano está en todas partes mostrando su rostro de hipocresía, y ocupa, por el abandono colectivo, sitios desde donde esparce el mal. García Flamenco es luz que enfoca esas amenazas y entona el alma hacia un escudriñar incesante. Debemos pensar en que fue su vida la que ofreció. ¿Hay sacrificio mayor que el de una vida pura? Démonos cuenta de que esta no era su Patria cuando vislumbró el galopar de las bestias apocalípticas que ponían sobre sus ancas al que las pedía y bajo sus cascos al que las rehusaba. Echémonos al corazón el ascua de la inconformidad. Cuando comprendamos que él quiso con su ejemplo redimirnos no momentáneamente, sino para eternidad, nos abriremos hacia una devoción fecunda. No le daremos un valor aislado que lo confunda en una piadosa individualidad, sino que lo vincularemos a la vida de la Patria. Lo vincularemos, sí, porque todavía esto está en un futuro nebuloso. Hay que empezar en las escuelas. Por eso se ha querido que este sea homenaje de niños y por eso el friso de la fuente ostenta la dulzura de seis caras infantiles. Hay en el simbolismo una advertencia para la Escuela y ella debe ponerla a florecer a fin de que el niño crezca sin maravillarse de lo que el maestro hizo, porque en su alma vive sin mácula la misma visión del Estrago que es-

parció su enseñanza en García Flamenco. Lo que la Escuela creadora debe hacer es nutrir al niño con esa miel de idealismo, con amor que es comprensión para que a su tiempo él sepa darla pura y ambarina. En cada niño existe ese poder creador, pero si se le estropea se torna ponzoña y cuando hombre, estará siempre en actitud de envenenar, que es destruir. Qué nobles ciudadanos irá plantando la Escuela costarricense si, ardiendo siempre junto al asiento del niño, tiene la llama inextinguible del culto a la enseñanza de este maestro ciudadano del mundo.

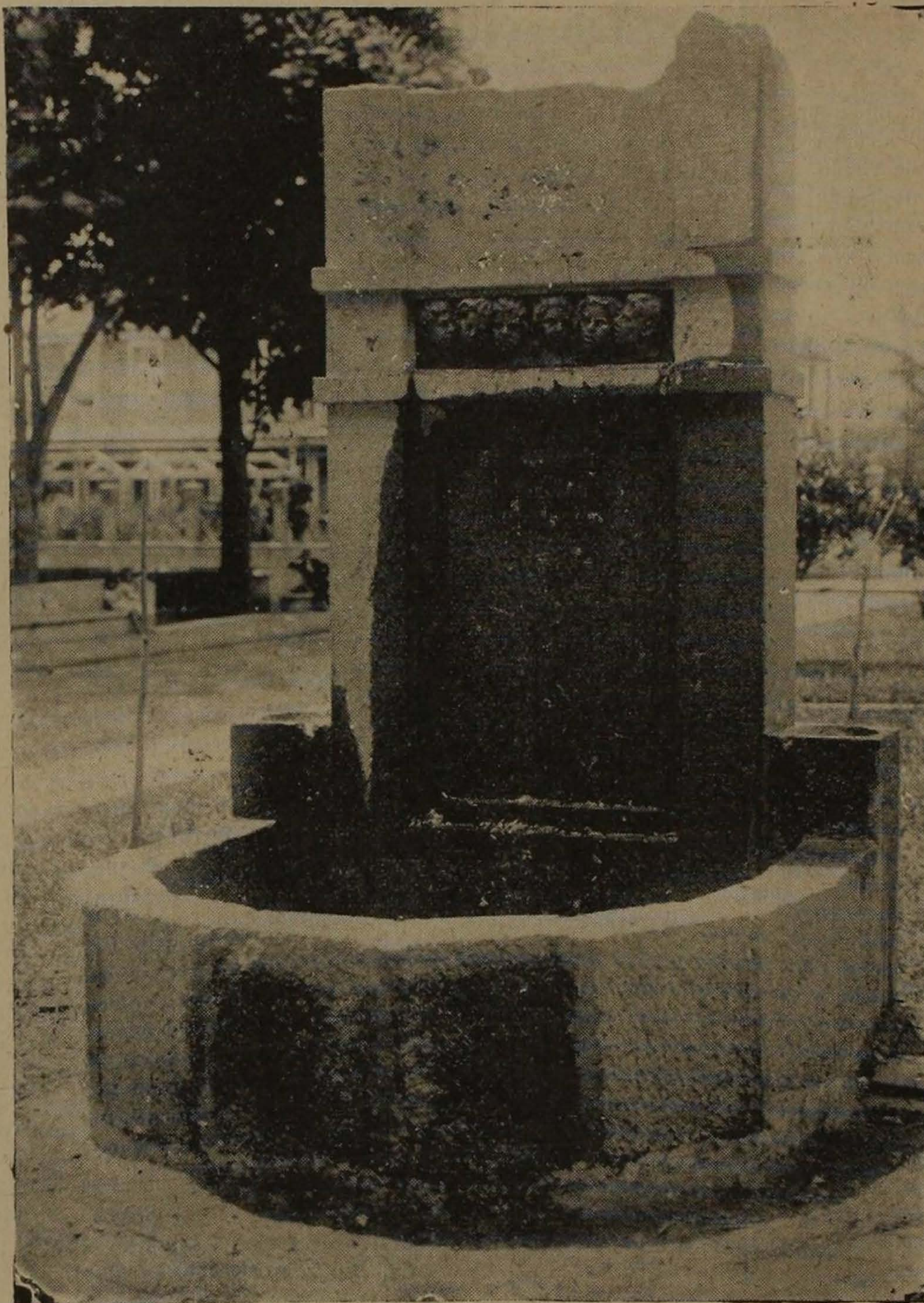
Maestro en un confin del país, antorcha alzada por los dioses en el sitio en que la noche iba a ser profunda y ruda. La mañana del crimen, cuando aun se oía en sitio público de la aldea el vocerío de los sayones, él enseñó a los niños de su escuela la palabra asesinato. ¡Sublime lección! Era preciso que aquellas conciencias hechas de luz recibieran el roce tonificante de una voz pura en el instante mismo en que la tragedia teñía el ambiente de sangre. Los niños acaban de ver cómo seis hombres rodaban por el suelo yéndoseles la vida entre la algazara de los asesinos. Nunca sus ojos habían visto tanta crueldad. ¿Así eran todos los hombres de ruines y sanguinarios? En los de su aldea no se había sucedido nada parecido. ¡Pobres niños aldeanos a quienes la vida echaba en la alborada no más un vaho de sangre tan amargo! Pero dichosos niños aldeanos, tal vez los más dichosos en un rincón minúsculo del mundo, que tenían junto a sí en ese instante trascendental un guardián honrado. La escena de horror no logró calarse dentro de sus almas para marchitarlas. No hubo orfandad para ellos. Las estampas religiosas imaginan el ángel tutelar, el pie en el suelo, las manos extendidas hacia el peligro que va a tragarse al niño, y las alas prontas al vuelo. La realidad que pone halos de diamante sobre la frente de este maestro, nos deja verlo en la misma actitud de la estampa que santifica el culto del creyente, pero airado, diciéndole al niño en riesgo que el mal que lo acecha es ogro sucio, y arrancándose de sus alas, alas hechas de espíritu, blanca plumajería que lo alce por sobre el abismo satánico. Afortunados niños los que la mañana del crimen recibieron la última lección del maestro, la lección que los colmó de sabiduría. Afortunados niños los que lo vieron después cerrar su escuela en señal de duelo e irse montaña adentro por un sendero desconocido a cumplir con su promesa de acabar con el estrago.

En una escuela de esta ciudad hay dos niños de esos. Ayer, cuando la maestra les refería la vida de García Flamenco, ellos, como vueltos a un mundo de dulce fantasía, soltaron su palabra evocadora, y dijeron de él que fue bueno y no era moreno

como el retrato único que la curiosidad devota ha puesto a correr por las escuelas. ¡Defensores del color de su rostro! Vigoroso comenzar de una gratitud sagrada. Para ellos, que lo oyeron con la suave vehemencia con que condenó la perfidia humana, su cara era de una blancura que no reflejaba la imagen en manos de los hombres. Aprovechemos la lección de los discípulos, los mismos que dentro de breves instantes soltarán el agua de esta fuente, y pregonemos siempre que el maestro fué grande y nos dió su vida para redimirnos. Cuando la indiferencia que es ingratitud malsana, levante entre nosotros su guadaña, símbolo de negación, digamos que el maestro es un forjador de patria, fecundo y sabio, que marcó una era de renovación cierta, porque la señaló a los niños. Cuando la incompreensión quiera poner una loza sobre su enseñanza, alcemos como el niño la voz sincera para decir que es un sol que no pueden apagar sin podrir el decoro de la Patria.

A sus labios salió una llama y quemó el espinazo del monstruo. Y si esto aseguraba la caída de los tiranos no imprimía un sello de exterminio al régimen, acción y mando de los déspotas del momento y de los del porvenir. En su mente apostólica lo urgente era la destrucción permanente del mal. Vió la Patria dominada por un satanismo que olfateaba décadas de pillaje y esa visión conmovió su espíritu floreciéndolo de impulsos redentores. El tiempo no debía prestarle existencia larga y había que hacerle la advertencia a soberano tan olvidadizo. ¡Qué fatal resulta el Tiempo cuando abre sus arcas al mal! Lo nutre de perennidad, El maestro lo sabía y sin aspavientos, con resolución fué sereno a buscar campo en la lucha. Como una aurora de verdad dejó alzadas sus palabras que decían al mundo lo que sus ojos habían visto. No debía tener reposo mientras el mal chorreara su veneno en la tierra que acababa de dejar. Oh, fina idealidad la del maestro! La misma ruta que lo llevaba a la lucha conducía a la apacibilidad del hogar patrio. Mas para él la ruta que lo había conducido hasta allí no tenía continuidad. Pudo haberse deslizado entre los deliberantes, pero su alma no concebía otra acción que la de la vanguardia. Reclamó acomodo entre el ataque. Echó el pecho afuera, combatió y allí el mal que venía aniquilando, lo mató. El Estrago era monstruoso y al acecho de aquella vida que tan mortalmente lo hería, saltó sobre ella pregonando exterminio.

Pero qué desventurados resultan los cálculos del mal! El espíritu del maestro no recibió el lamer de aquella lengua extinguidora. Estamos frente a su memoria edificante y los niños de Costa Rica alzan sus cantos y ofrecen una fuente que calme sedes del cuerpo y sedes del espíritu. Queda ofreciendo agua esta fuente. No podrá mejorarse nunca el homenaje. Que en lo porvenir nadie piense en arrancar a los hombres decretos que ordenen mármoles o



La Fuente del Caminante

Obra de JUAN RAMÓN BONILLA

Confiada, el 18 de julio de 1926, al cariño y custodia de los niños de Costa Rica; a su gratitud, que no olvida; a su honor, que es decoro; a su amor de Justicia y Libertad, bienes supremos sin los que no hay Patria digna de tal nombre.

bronces. Si un ruego debemos hacer es pedir a los dioses que en este mismo sitio brote un manantial venido del propio corazón de la tierra. Agua que de las profundidades de donde nazca recoja esa cristalinidad que vuelve arco iris la luz del sol. Cuando los ojos de los hombres se recubran con el polvo maldito de la indiferencia y dejen pasar los sucesos de la Patria sin levantar, apenas asomados, el corazón, que lleguen a esta fuente y limpien en ella sus manos y arrojen contra sus rostros el agua que les devuelva la visión.

OCTAVIO JIMÉNEZ

San José, de C. R.,
18 de julio de 1926.

Párrafos

LA amistad, en su verdadera significación, es flor que no se abre en la estación de la falsía, en la cual vivimos. Aparece en ciertos terrenos abonados especialmente; es solitaria y gusta de la sombra. Jamás se le encuentra en los jardines de las iglesias.

VEO muchas casas de complicada arquitectura, en que preside la estética; rodeadas de jardines y de parques, donde cantan los pájaros libres. ¡Cuánta belleza en estas moradas! Y yo pienso: ¿las almas que las habitan serán bellas también?

CLARA DIANA

Costa Rica, 1926.

El poeta argentino Rafael Alberto Arrieta y los niños de Costa Rica

En premio a la constancia con que asistimos a la Sala de Lectura para Niños de la Biblioteca Nacional, el Sr. J. García Monge, en nombre del Autor, nos ha obsequiado con un ejemplar del cuento *Sueño de una noche de Otoño*, por Rafael Alberto Arrieta.

En fe de lo cual firmamos:

Rita Vargas, Juan Auriel Fonseca, Edwin Castro R., Efraín Quesada, Carmen Durán.

San José, Costa Rica,
15 de Julio de 1926.

En el ejemplar con que nos honró (de los seis que recibimos) el poeta dice textualmente:

A D. Joaquín García Monge, para que obsequie a algunos niños de Costa Rica.

s/c Chacabuco, 623. Buenos Aires, marzo de 1926.

De la experiencia

SE tiene en general de la experiencia una idea alta, se la considera una cualidad superior. Experiencia es: el hábito en el manejo de tal o cual asunto. En la vida moral nada se repite; el feliz resultado de un problema puede ser que nos facilite los venideros, pero en manera alguna nos será posible aclarar nuestras complicaciones de hoy por las de ayer, aunque el caso a primera vista parezca ser el mismo. Mas bien, la experiencia es cúmulo de conocimientos que al sorprendernos nuevos problemas, facilitan su resolución. Comparable es la experiencia al río en que hundimos nuestra mano; siempre es el mismo, pero distinta agua la que nos moja.

La experiencia de nuestros mayores de bien poco nos sirve; en los asuntos que ellos crearon experiencia, aun repitiéndose exactamente, nos pueden dar bien pobre luz; que si los hechos se repiten, media entre nuestros predecesores y nosotros gran diferencia.

Si el conocimiento que nosotros adquirimos, al resolver cualquier problema moral, fuera exactamente aplicable a otros, la vida carecería de interés y sería una constante repetición.

Afortunadamente la experiencia sólo existe en los oficios, ahí es indispensable; la vida por causa de los conocimientos, no nos niega el infinito sabor de lo nuevo; antes bien nos ayudan a descubrir, a gustar lo desconocido.

MAX JIMÉNEZ

San José de Costa Rica,
Julio de 1926.

Una tarde en el pueblo

EL sol es un gran abanico de oro en las manos de la tarde. Las montañas son un joyel de amatistas. Sobre la paz del pueblo flota la nostalgia vespéral del ángelus. Los alrededores en quietud. Unos niños juegan a la luz muriente.

No sé qué ansiedad ignota trae esta hora, que estremece mi alma: quizá un recuerdo ya muy viejo, o tal vez una ilusión que tiembla a la distancia. Viene a mí con el silencio expresivo de una mirada, con la suavidad de unos párpados de seda, con la ternura de una mano blanda...

Las sombras descienden lentas. Mi alma queda soñando bajo el anochecer, porque es eterna enamorada de lo misterioso, de todo lo sombrío. Y así seguirá tejiendo blondas azules y collares de ilusión, aunque la realidad de la mañana las destruya cada día.

Idealizar, soñar es desflorar una margarita en la avidez de una llanura; es encontrar el fulgor de una estrella en un pantano; es el vuelo de una paloma en el espacio oscurecido; es engarzar un zafiro en el estafío de la vida; es, plegar los labios y dejar que nos bese la luna!

CLARA DIANA

Costa Rica, 1926.

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Aniversario del bautizo de la Escuela República Argentina

«Siembra sin mirar la tierra donde cae el grano».

Gabriela Mistral

La Escuela República Argentina celebra el aniversario de su Bautizo y la Jura de la Independencia Argentina, con la colocación de la fotografía de Domingo Faustino Sarmiento, en el Salón de Asambleas, y con una conferencia que dictará el Profesor don Joaquín García Monge sobre los méritos del ilustre estadista y maestro argentino.

Cordialmente se invita a Ud. a dicho acto, el cual tendrá lugar a las 9 hs. del 9 de Julio del corriente.

El Director.

A. MOLINA U.

Programa

- I. Himno Nacional.
- II. Himno de la República Argentina.
- III. Conferencia del Profesor don Joaquín García Monge.
- IV. Carmen (Selección). G. Biset.
- V. Martín Fierro (Recitación). José Camacho.
- VI. Aida.—G. Verdi.
- VII. Himno Nacional Argentino (Recitación) Antonio Méndez.
- VIII. Norma.—V. Bellini.
- IX. Himno de la Escuela.

Heredia, 9 de Julio de 1926.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Nuevos Discos "VICTOR"

Acabamos de recibir una magnífica remesa de Discos

Música clásica, Operas, Operetas, Música de baile y Canciones

VENGA A OIRLOS

PIZA e HIJOS

Distribuidores de THE VICTOR TALKING MACHINE Co.

Camdan, N. J.



El látigo de la esclavitud

Lo cuenta Herodoto de Halicarnaso en el IV de sus Nueve Libros. El viejo Herodoto, padre de la Historia, viajó, como es sabido, hace ya cerca de dos mil cuatrocientos años, por Egipto, Persia y Babilonia. Al cabo de los siglos todavía su relato nos seduce por el interés de los hechos y por la severa belleza de la narración.

La otra tarde, en el Centro de Estudios Historicos, oíamos al sabio profesor alemán Lehmann-Haupt afirmar que los modernos estudios sobre las escrituras cuneiformes comprueban en muchos casos la exactitud de los relatos de Herodoto, quien, si a veces se dejaba extraviar por la leyenda, acertaba frecuentemente en la investigación de la verdad.

Verdad y leyenda... Recordamos nuestras primeras lecturas del buen Herodoto en una traducción del padre Pou, docto jesuita, editada el pasado siglo, allá por los años románticos de mil ochocientos cuarenta y tantos. Vemos el viejo papel de sus páginas con manchas amarillentas, como de humedad, y con el canto jaspeado de azul. En el texto del historiador viajero nos atraía la verdad y nos seducía la leyenda. Verdad y leyenda, leyenda y verdad, son las dos almas de nuestra alma. No conviene amputar ninguna de las dos. Lo que importa es no confundirlas y saber que la verdad es verdad y la leyenda es leyenda, dando así lo suyo a la razón libre y lo suyo a la libre fantasía, cuyos alcázares son doblemente hermosos cuando no olvidamos que están en el aire...

Los fieros escitas—según narra Herodoto al comienzo de su Libro IV—, después de vencer a los medos, cayeron sobre buena parte del Asia en una larga expedición de guerra. Veintiocho años vivieron combatiendo lejos de su patria. Cuando, transcurrido todo ese tiempo, las rudas huestes nómadas dieron vuelta a los caballos para retornar, por fin, a sus heladas tierras del Norte, ostentando como trofeos bélicos, pendientes de las monturas, las cabelleras de los enemigos, pero sintiendo al mismo tiempo sobre la propia melena la ceniza de las canas, halláronse al llegar a su país con un ejército formidable que salió a disputarles la entrada de su misma casa.

¿Qué había ocurrido durante su prolongada ausencia? Allá quedaron en los abandonados hogares las mujeres y los esclavos. Esclavos a quienes los crueles escitas tenían la costumbre de sacar los ojos para que, privados de la vista, girasen mejor, sin marearse, alrededor de unas vasijas de madera donde, dando vuelta, se batía la leche, separándose de ella la nata, que constituía el ordinario alimento de aquel pueblo.

Parece que al marchar los varones a la guerra, no tardaron sus infieles esposas en reemplazarlos, casándose con aquellos esclavos ciegos. De estas uniones nació una

nueva generación, ya emancipada, que, con los años, fué creciendo en fuerzas y en valor hasta que, llegando a la plena mocedad, entró en posesión de su país nativo.

Esta nueva prole, ya en edad viril, fué la que salió al encuentro de los antiguos guerreros, considerándolos, al cabo de veintiocho años, como extranjeros en su patria e invasores de la Escitia. La contienda fué empeñada. Vinieron a las manos muchas veces, sin que las tropas veteranas pudieran adelantar un paso contra aquella fuerte juventud.

Entonces uno de los viejos, vencedor de medos y cimerios, en cuyos cráneos había bebido muchas veces, volvióse irritado a sus camaradas y les propuso emplear un singular ardid. ¿No eran hijos de esclavos aquellos bastardos que salían a combatirles? Mientras se les atacara con la lanza o el arco se considerarían tan bravos y bien nacidos como sus antiguos amos, sus dueños naturales. Mas ¿qué pasaría si cada uno de éstos, dejando las armas, empuñase el látigo de su caballo y lo hiciera restallar sobre aquella falange servil? Acaso entonces, aterrada, evocando los azotes de la esclavitud, afrenta de sus padres, se entregase miserablemente a la fuga...

Así ocurrió. Al ruido de las fustas—según nos refiere el grave Herodoto—, un oscuro terror invadió el ánimo de aquellos jóvenes, y los que no habían temblado ante las armas huyeron ante el zumbido atávico de los látigos de la esclavitud.

Recuerdo de esa guerra servil, afirma quizás ingenuamente el padre Pou, es to-

davía la estatua ecuestre, con un látigo en la mano, que se ve en Novgorod, ciudad rusa perteneciente al territorio de la antigua Escitia.

¡Simbólico chasquido del látigo!... En la vida del hombre, los verdaderos males, los riesgos positivos, pueden menos, tal vez, que esos vagos temores, esa interior desconfianza heredada de los siglos muertos.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mutuos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt.
París XVIII

Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia
\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.
Sarmiento 1266. Buenos Aires

La Crema Dental Waite's
Anti-py-o

Remueve la película que se forma en los dientes sin arañar el esmalte.
Corrige la acidez de la boca y previene la carie. Endurece las encías sangrantes. Su fórmula y cualidad antiséptica es una seguridad contra la PIORREA. De venta en todas las Boticas y Droguerías.

DR. M. FISCHEL. Representante

Waite's ANTI-PY-O DENTAL CREAM



Ojo! por cada 6 cajetillas de cartón, se regalará un buen cepillo de dientes en la oficina del Dr. Fischel.

Genaro Estrada, Pero Galín

Todos los escritores tienen, como los países, su geografía y con ella su extensión territorial y sus límites. Precisa pues situarlos para radicarse en ellos sin peligro o para dedicarles una simple visita.

Genaro Estrada no perteneció a la generación llamada del Ateneo. Llegó un poco más tarde. Con justicia podríamos decir que vino a situarse inmediatamente al sur de ella. Al correr del tiempo, esa frontera de unos cuantos años ha ido borrándose al grado de que a nadie le extrañará que ahora se le clasifique como miembro significativo de ese grupo literario. Genaro Estrada lo es por sus cualidades, por su cultura, por sus limitaciones. Con la promoción del Ateneo aparecen los primeros hombres de letras mexicanos, literatos exclusivos que hacen del arte un trabajo o un deporte serios, que juegan o trabajan con la natural y pausada respiración que es consecuencia de una cultura del gusto y de la inteligencia, muy rara en generaciones anteriores en las que apenas Icaza y Tablada, dedicados por completo a las letras, representan el papel de precursores. Su generación es, pues, lo menos tropical que pueda hallarse. Mexicana en cambio, lo cual equivale a decir discreta y meditativa, viene a contrariar con sus obras la más severa calificación que Ortega y Gasset asigna a los escritores hispanoamericanos en estas palabras: «En el mundo hispanoamericano, la mayor parte de los escritores es de tan vana condición intelectual, tan poco enterada de las cosas y tan audaz para hablar de ellas que es peligrosa la circulación de personas un poco más cabales»¹. Reyes, Vasconcelos, Caso,—para nombrar a tres de sus miembros—son, precisamente, ejemplares opuestos al arribismo y representan, en cambio, la fina o vibrante consciencia artística. Genaro Estrada pertenece a esta «aristocracia cerrada» mexicana, tan semejante en proporción al grupo literario español que Pedro Henríquez Ureña ha denominado con esta misma frase.

Vivo ejemplo de probidad literaria y de virtuosismo artístico para minorías, su labor es breve, precisa. Junto a una antología de poetas nuevos de México, publicada en 1916, que para ser obra perfecta no hace falta sino que su autor se decida a ponerla, aumentada, al día, en movimiento, un libro de prosas *El visionario de la Nueva España*, y varias traducciones y ediciones. En países como el nuestro en los que el traductor trabaja por placer, sin ventajas pecuniarias, la traducción es un síntoma, y significa el deseo de aumentar el número de familias en la isla punto menos que desierta de la cultura. Señalemos que la generación del Ateneo cuenta con excelentes traductores. Genaro Estrada, uno de ellos.

Un Des Esseintes

Derramemos unas gotas de psicología. Detrás de cada uno de nosotros se esconde un personaje de novela ya escrita o de novela por escribir. Este puede ser un héroe de novela rusa menor. Ese que vive alegremente, apoyándose tan sólo en los cambios atmosféricos, puede ser un personaje de Jean Giraudoux o de Pierre Girard. Aquel, el más joven, es un adolescente de Dostoyevski y, ahora, de André Gide. Y aquel otro, ¿por qué no, se queda en borroso personaje incompleto de novela americana?

En Genaro Estrada se oculta o se muestra a menudo un Des Esseintes, un Des Esseintes sano. Sus aristas se tocan en más de un vértice con el personaje de *Aurebours* que un día pudo parecernos raro y extravagante pero que ahora nos parece, simplemente, curioso y artista a su manera. Coinciden en el amor a los libros y, más exactamente, a los libros selectos, de numeradas ediciones, de buenas empastaduras. Y en los afanes de bibliómano, de bibliófilo,—de bibliógrafo. Y en las manías del coleccionista: Genaro Estrada colecciona cucharas y jades. En la preferencia por cierta clase de literatura refinada: Bertrand y Jules Renard fueron un tiempo sus demonios familiares. También en el placer del confort y de la decoración de interiores. En los placeres del gusto y en la satisfacción deliciosa de saber alternar la lectura de un clásico con la lectura de un *baedeker*.

Fijémonos bien, un Des Esseintes sano, sin ridículos diabolismos. Oscilante, sí, entre el artificio y el humor. Porque, artista de todos los momentos, artista a su modo, Genaro Estrada es una de las pocas personas de México capaces de dorar tortugas.

La novela - ensayo

Estamos frente a una novela-ensayo, lo cual equivale a decir que nos hayamos a mil metros sobre el nivel de un ensayo de novela. A los amantes del desarrollo tradicional, el sistema de este libro les producirá una decepción o experimentarán la misma extrañeza que sobrecoge a un advenedizo curioso de la pintura cubista al encontrar un trozo de periódico adherido a un cuadro de Picasso. En el relato de Estrada, los acontecimientos son un pretexto para hacer adoptar varias actitudes y hacer respirar bajo la presión de diversas atmósferas a un solo personaje: Pero Galín. Rodeando al personaje, ciñéndolo, están esos capítulos que llama «intermedios», que teniendo forma significativa independiente, como un trozo de periódico puede tenerla en un momento dado para un artista, adheridos a la trama ayudan a componer el cuadro.

Por sobre la unidad del estilo tradicional, heredado, juzgado y aceptado, rico de verdad objetiva y de vocablos burgueses, alegre de enumeraciones completas que revelan unos ojos y una memoria sin traición, el

crítico puede separar fácilmente los dos elementos del libro: hechos y ensayos. Los ensayos son divagaciones o estampas. *El experto*, *Los bazares*, *El paraíso colonial*,—verdadera litografía del Volador—, están colocados a modo de ilustraciones. *El cuaderno de notas secretas*, *Género*, *La hora del habedes*, son los ensayos que hacen la crítica de la enfermedad colonizante, de sus cultivadores y de sus víctimas. ¿No es la obra de Estrada, en su aspecto satírico, el Quijote de los colonialistas? ¿Y Pero Galín, colonialista arrepentido, no es el correspondiente de Alonso Quijano?

La trama—ese anzuelo de los lectores rutinarios—se reduce a un cambio de decoración espiritual, un sumergido amoroso, y a un cambio de ambiente físico, un sumergido en el espacio. Para la primera inmersión basta los amores del protagonista con una joven bien situada en el alveolo de su tiempo. Para la segunda inmersión es suficiente un matrimonio y una marcha nupcial a Hollywood, ciudad de mil caras. De ella sale Pero Galín inundado, sano de modernidad, arrepentido de anacronismo, a una vida de campo, entre gentes que hablan un lenguaje directo y repetido. Así, al lado de su esposa, amanece a una existencia nueva, con un sol cinematográfico al frente, con un hijo de cinematógrafo que grita «mamá» desde la alcoba. Como en el último rollo de una película optimista, el héroe ha triunfado de su mal.

El personaje

El personaje real de la obra existe aún, o mejor dicho, existía, porque ahora debe haber muerto para seguir la vida de estas páginas. ¿Quién no estrechó su mano? ¿Quién no le oyó ponderar, pálido de orgullo, una pieza de su colección? ¿Y quién no le escuchó un tremendo anacronismo para dar valor a un objeto arriesgando una de esas mentiras que a fuerza de repetirlas acaban por ser una nueva forma de la verdad? Se le llamaba con tantos nombres que ninguno servía para designarlo, para definirlo por entero. Todos le conocimos. Sólo que hasta ahora vivió una vida real y oscura, nutrida con su propia tragedia. Sorda tragedia de personaje que no encuentra autor. Por fin Genaro Estrada, como en el cuento de Pirandello, lo recibe en audiencia con la sonrisa del hombre que comprende sus manías porque también las ha vivido a su manera, y lo observa ciudadosamente como a una joya de coleccionista y se aprovecha para formular los humorismos que tenía en la cabeza en pro y en contra del ambiente necesario al personaje. Y luego le hace un retrato muy fiel, con una cámara de cristales muy finos que apenas deforman la figura y que, sin embargo, hacen de ella una figura artística. También lo bautiza. Ahora tiene un nombre. Ya lo sabemos. Se llama Pero Galín.

XAVIER VILLAUERRUTIA

México, D. F.

1. José Ortega y Gasset. *El Espectador*. IV. Madrid, 1925.

Grandes y pequeñas ciudades

Don Miguel de Unamuno, que es una de las almas más ricas, más proteicas y abundantes de nuestro tiempo, afirmaba una vez, hablando de las pequeñas y grandes ciudades, que éstas, las grandes, «nos desindividualizan, o mejor dicho, nos despersonalizan». «Las grandes ciudades,—añadía—, levantan al bajo y rebajan al alto; realzan las medianías y deprimen las sumidades». De este modo, el maestro, yendo de lo particular a lo general, decretaba la infelicidad, la nulidad de la existencia en las vastas metrópolis, suponiendo de buena fe que todos los hombres son susceptibles de una vida anímica tan opulenta, tan compleja como la suya. Unamuno, en efecto, ha pasado lo mejor de sus años en poblaciones pequeñas. El puede decir que ellas han sido excelentes aliadas que ha tenido para sus estudios, para su larga y honda labor de pensador y de artista. A poco de llegar a la vieja Salamanca, ciudad de unos treinta mil habitantes, escribía a un amigo que, si a los dos años de estar allí se enteraba de que jugaba al tresillo a diario, daba durante una o dos horas vueltas a la plaza y echaba la siesta, lo considerase hombre perdido. Pero que si pasado ese tiempo, seguía estudiando, meditando, escribiendo y peleando en pelea pública por la cultura, lo considerase allí mucho mejor que en Madrid. ¿Cuántos hombres, de los que componen las apacibles ciudades provincianas, podrían escribir algo semejante?...

Yo nací y pasé toda mi adolescencia en la provincia. En la misma Europa, he vivido largas temporadas en capitales provincianas, lejos de las urbes donde ningún hombre vale más que otro. He de reconocer por consiguiente que nada como la provincia para meditar, para leer, para mirarse uno el alma. Pero tengamos la franqueza de preguntarnos: en la vida de un hombre mediano, de «un hombre como hay muchos», ¿no pasa cosa de mayor interés que el espectáculo de su propio yo? La vida de en derredor, cambiante, móvil, inquieta como las ondas del mar, ¿no ha de servirle a ese hombre del montón de lección más útil que el dialogar perpetuo con su sombra? A la larga, la provincia entullece. Y no es ello lo peor sino que nos vuelve intolerantes, ásperos, huraños. El mismo Unamuno, hablando de Madrid, aseguraba que «a poco de estar allí lo ceñía, envolvía y penetraba un letal ambiente de condescendencia». ¿Qué nos dirá ahora Don Miguel, que vive en París, la ciudad condescendiente, despreocupada y tolerante por antonomasia, París, que se encoge de hombros ante nuestros pecados y aplaude sin embargo todas las virtudes! Taine hizo la observación de que la mayor parte de los genios franceses o eran aldeanos o hijos de aldeanos. Y tal vez sea así. Más, ¿dónde, a no ser en las grandes urbes, los espíritus extraordinarios recibieron siempre la definitiva, la suprema consagración? Lo propio de la ciudad pe-

queña es restar importancia a cualquier esfuerzo individual. Cuando un hombre quiere superarse, choca inevitablemente con la burla, con el desdén de todos los mediocres que lo conocen desde niños, con la envidia sorda de los amigos, de los parientes. ¿Y por qué todo eso si no porque a la pequeña ciudad falta elasticidad, piedad, comprensión, capacidad admirativa?

El alma de los países que no poseen una gran urbe se achata, se anquilosa, pierde su don de emoción, y nunca se aplaudirá bastante a las regiones que sueñan con alguna ciudad tentacular, ni a los pueblos que cuidan amorosamente su capitalidad, deseando que sea cada día más vasta, más compleja, más capaz de ser un resumen de todo lo que de perverso y de bueno hay sobre la tierra.

Se habla de la soledad de los pueblos, y para muchos nada como esa soledad para perfeccionarnos y hacernos mejores. Pero se olvida con demasiada frecuencia, que la verdadera soledad la encontramos en los grandes centros cosmopolitas, allí donde nadie nos conoce, donde somos una pobre cosa innominada, errante. Estamos solos en la vasta avenida, solos e indefensos, porque al señor que pasa atropelladamente no le importa empujarnos, y aquel automóvil que atraviesa raudo por nuestro lado, puede en menos de un segundo convertirnos en añicos. ¿Qué sabe nadie de nosotros ni qué le importa a la gente transeunte la importancia que le concedamos a nuestra persona? Este espectáculo en el fondo áspero, duro, que tan violentamente nos desagrada y entristece la primera vez que cruzamos Broadway o ambulamos por los Boulevares, termina por transmitirnos una provechosa lección de humildad, de sencillez, y también nos comunica cierto sentimiento de concordia, de solidaridad. Aquellos seres como nosotros innominados y desconocidos, y que como nosotros llevan ensueños, dolores, inquietud de esperanzas bajo el pecho, ¿no son nuestros hermanos, nuestros iguales?

¡Pero váyale usted a hablar de igualdad y de piedad a gentes que se ven todos los días, que se han visto toda la vida, que se verán cotidianamente hasta la muerte!... Falta perspectiva en esas vidas y falta, sobre todo, la tragedia, eso que, según una fórmula del propio Unamuno, llamaríamos el sentimiento trágico de la vida. «En la vida provinciana, dice nuestro autor, es más fácil descubrir por debajo de una aparente calma la tragedia». ¿Y qué tragedia es esta a no ser la del aburrimiento? No se trata aquí de ese aburrimiento superior, metafísico en cierto modo, que nos viene de la inconformidad o mejor de la disparidad u oposición entre el mundo real y el universo de nuestros ensueños, del contraste entre lo que somos y lo que desearíamos ser, sino de ese aburrimiento subalterno, menudo, que consiste en no saber cómo emplear las horas de una jornada.

En realidad, no hay más que dos grandes tragedias en la vida del hombre, y son la de la ambición y la del amor. Y en la provincia la ambición se adormece, se apequeña. Es un ave que se encharca las alas, que vuela a ras de la tierra, como avergonzada de lo infinito del espacio. Desea poco, y este poco lo desea muy poco, como el Sántico de Asís... ¿La tragedia del amor? Tampoco existe, o es rarísima. Porque al amor se le cataloga, se le clasifica, se le pone entre definiciones. Y no hay matices. Carece de claro-oscuros. Y como a las mujeres las conocemos desde que éramos niños y ellas zagalas, las dividimos en dos grandes grupos: las buenas y las otras. Así, jamás queda una puerta abierta para lo imprevisto, para lo absurdo, para lo inesperado. Salirse de las costumbres es un crimen. Y la fantasía un delito punible o un reto a la mansedumbre de la masa. ¿Puede haber nunca tragedia, o simplemente belleza en las vidas de tal modo empadronadas, metodizadas, insensibilizadas por el miedo a la ajena opinión?...

J. DE LA LUZ LEÓN

Consulado de Cuba,
La Coruña. España.

Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de 10 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

La suscripción anual, aislada y directa: \$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. Adm. del REPERTORIO AMERICANO
Ap. Letra X
San José de Costa Rica, C. A.

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN
Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE
Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.
Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior: 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475
Buenos Aires

Palabras

dichas en la mañana del 9 de Julio de 1926, al colocarse en el aula magna de la Escuela REPÚBLICA ARGENTINA, en Heredia, el retrato de Sarmiento.

ALGUIEN ha dicho que el lado brillante de la historia de la civilización es la historia de las ciencias; y esta historia de las ciencias está por escribirse todavía.

¿Será acaso la misión de nuestra América, la de abrir nuevos rumbos a los destinos de la humanidad, modificando el erróneo concepto en que ésta ha fundado hasta hoy el principio virtual de su pasado?

La ley de progreso que es ley evolutiva, exige con imperio esta reforma y no es aventurado afirmar que este mandato superior y providencial ha sido dirigido para su cumplimiento al sentir pujante de esta nueva civilización que se levanta.

Todo así lo anuncia. Y en esta aula que desde hoy vivificará con su espiritualidad potente un príncipe de la mentalidad y acción, Domingo Faustino Sarmiento, han de forjarse los obreros de mañana, a quienes nosotros entregamos hoy la herencia que recibíamos de nuestros antepasados, limpia de pasiones y prejuicios, para que a su vez y a su tiempo la armonicen fecundándola; que en esta aula, repito, se elabore el ideal supremo americano.

Vosotros habéis dado ya un gran paso hacia él, que es necesario ampliar y propiciar.

Que vuestra ley de naturalización centro-americana, abarque a todo el continente sin limitación. Que la hermandad sea un hecho basado en la fe, la justicia y el amor.

Y que las fronteras que limitan los estados sean simples líneas abstractas, que permitan el abrazo y el ósculo espontáneo y puro de los venturosos hijos de estas tierras de promisión.

Son estos mis votos y mi esperanza.

ARTURO URIÉN

Cónsul de la República Argentina en Costa Rica.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Carta alusiva

(Véase el artículo de la p. 25, entrega de julio 10 de 1926).

22 de mayo de 1926.

Cobán, A. V., Guatemala.

Sr. don Joaquín García Monge.

Apartado Letra X,

San José de Costa Rica.

Estimado señor García Monge:

Desde hace algún tiempo quería agradecer a usted, efusivamente, el envío regular de su excelente REPERTORIO AMERICANO. Cambios y vicisitudes diversas me lo habían impedido. Lleve este mi agradecimiento para usted.

Ya sabe usted que a donde quiera que arriba ese heraldo de la cultura hispánica y de la perseverancia y acierto de usted, responden la estimación y el interés más francos por la obra suya.

En número reciente de su semanario lei la encuesta que plantea el REPERTORIO AMERICANO a los escritores de América y la invitación privada que el periódico me hace para contestar al Cuestionario. Me pareció muy interesante el tema y ahí va mi respuesta. Creo que es un deber de los escritores hispanoamericanos procurar por que el libro vernáculo salga de su postración e ineditismo actuales.

Le saluda atentamente su affo.,

Carlos Wyld Ospina

Asteriscos

Siempre será interesante toda polémica o controversia entre dos hombres porque en ellas hay luchas entre la verdad y la mentira, entre la lógica y el sofisma, entre la ética y lo amoral, entre la razón y la injusticia, entre la virtud y el vicio: esto es, entre el bien y el mal, y del triunfo de los primeros términos sobre los últimos, sin duda derivarán enseñanzas los hombres que de ello se percaten.

Sólo una poderosa evolución filosófica podrá desarraigar de nosotros el moderno concepto de Patria y los sentimientos generosos y altruistas en que se inspira. Ha tenido tanto influjo en los hombres el valor tradicional del concepto, que seres exaltados se aventurarían a supeditarla a su decoro. Y la Patria con todo y serlo, no exige tan enorme sacrificio.

Tanto menos vale el hombre cuanto más se somete o acomoda a la voluntad de los demás, porque si bien es cierto que de los sabios se cosechan enseñanzas, y la emulación de las virtudes de los buenos y la discreción de los doctos, conforta y alienta nuestros espíritus en la práctica del bien, no debemos renunciar de nuestra personalidad por nungún motivo, ni ventaja alguna, imaginaria o efectiva.

En los que encubierta u ostensiblemente defienden las administraciones tiránicas, descubriréis sin gran esfuerzo: o un hombre mal nacido, o una predisposición racial atávica al servilismo; o un hombre que bien nacido, adolece de alguna depravación espiritual.

J. C. SOTILLO PICORNELL

Costa Rica, 1926.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Organo del Centro de Estudiantes de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739

Buenos Aires.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina

Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América.

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales

Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.

Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

Bibliografía

JUAN B. IGUINIZ.—*Bibliografía de Novelistas Mexicanos*. Monografías Bibliográficas Mexicanas. N.º 3 México, 1926. (Donación de la Secretaría de Relaciones Exteriores).

ML. ROMERO DE TERREROS.—*Bibliografía de Cronistas de la ciudad de México*. Monografías Bibliográficas Mexicanas. N.º 4, México, 1926. (Don. de la S. de R. E.)

RAMÓN MENA.—*Filigranas o Marcas transparentes en papeles de nueva España del siglo XVI*. Monografías Bibliográficas Mexicanas. México, 1926. (Don. de la S. de R. E.)

Administración

Catástrofe del Virilla.—*Investigación Oficial*.—San José de Costa Rica, 1926.

Sociología

TRISTÁN MAROF.—*La Justicia del Inca*. Bruselas, 1926. (Donación del Autor).

PAUL BERGERON.—*Qu'est ce que la Republique Supranationale?* Lyon, 1926. (Don. del Autor).

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.—*La utopía de América*. Ediciones de *Estudiantina*. La Plata (Rep. Argentina), 1925. (Don. de M. García).

GUILLERMO ANDREVE.—*Cuestiones Legislativas*. 1924. Leipzig. (Don. de Juan B. Thibault).

LUIS E. VALCARCEL.—*De Aylu al Imperio*.—Editorial Garcilaso. Lima, 1925. (Don. del Autor).

ALFREDO L. PALACIOS.—*La Legislación del Trabajo en la Argentina*. Buenos Aires, 1926. (Don. del Autor).

L'Ordre Naturel, Nos. 37, 38 y 39.—Paul Bergeron. 232 Rue Garibaldi. Lyon IIIe. France. (Don. de Mr. P. B.)

Les Documents de la Republique Supranationale N.º 1. y A. B. C. du Citoyen Supranational. Librairie André Delpeuch. 51, Rue Babylone. París. (Don. de Mr. P. B.)

Asociaciones

Informe de la Sociedad Protectora de la Biblioteca América de la Universidad de Santiago de Compostela, 1925. (Don. de M. García).

Relaciones Exteriores

El Chaco Boreal.—Informe del Dr. Manuel Domínguez. Asunción, 1925. (Donación de la Biblioteca Nacional).

VARIOS.—*Desarmament and American Foreign Policy*. (Don. de la Carnegie Endowment for International Peace. New York City).

Ensayos y Conferencias

EDUARDO SARMIENTO LASPIUR.—*Por la organización de la Paz*. La Plata, 1925.—República Argentina. (Donación de don M. García).

Viajes

Dr. CH. ANDRÉ.—*Au Paraguay*. Extrait de *La Presse medicale*. París. 1926. (Donación del Autor).

Biografía

TULIO A. CUELLO.—*Clamor libertario*. Edwin Elmore.—Santo Domingo, Rep. Dom., 1926. (Donación del Autor).

ARTURO TORRES RIOSECO.—*José Ingenieros (1877-1925)*. Austin. Texas. (Donación del Autor).

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El segundo tomo de lecturas para niños que con este título ha venido recogiendo en este semanario el Sr. García Monge, ya está encuadernado y listo.

De la variedad y selección de los trozos, el Índice dará una idea.

INDICE

	Pgns.
ACOSTA, AGUSTÍN.—El árbol bueno.....	36
ALI BEN.—Consejos.....	119
ANDRENIO.—Apólogo de las ranas que pidieron rey.....	122
ANÓNIMO.—El prisionero.....	82
ARRIETA, R. ALBERTO.—Sueño de una noche de Otoño.....	125
AULO GELIO.—Un apólogo de Esopo.....	75
" " Androclo y el león.....	92
AZORÍN.—Don Illán el Mágico.....	137
BLANCO FOMBONA, R.—Los piratas y el Quijote.....	109
BOLÍVAR, SIMÓN.—Mi delirio sobre el Chimborazo.....	3
BORRERO, LUIS.—El sauco y el arroyo.....	89
CALLE, MANUEL J.—La sequía.....	15
CARUS, P.—Tres parábolas del Buda.....	48
COELHO, ADOLFO.—Juanillo el tonto.....	62
DE DIEGO, RAFAEL.—Pastorcito santo.....	109
DE LA FUENTE, CAMPOAMOR.—Bondad.....	121
DIEZ CANEDO, ENRIQUE.—Soldado.....	52
" " " El viejo que nos enseñaba las estrellas.....	66
EGUREN, JOSÉ M.—El Duque.....	24
FABRE J. H.—Maestro de escuela, Fabre se inicia en el estudio de los insectos.....	29
FRANCO, LUIS L.—La hortaliza.....	57
FROBENIUS, LEÓN.—Somba burla al rey.....	20
GARCÍA CALDERÓN, VENTURA.—Fué en el Perú.....	70
HERODOTO.—El anillo de Polícrates.....	37
MANTILLA, LUIS F.—Anécdota.....	32
" " Los tesoros esenciales.....	41
MARTÍ, JOSÉ.—Buda.....	43
" " Cuentos de elefantes.....	144
MEABE, TOMÁS.—Parábolas.....	102
MÉDIZ BOLIO, ANTONIO.—La tortuga.....	87
MISTRAL, GABRIELA.—La pampa Argentina.....	78
" " Elogio de los países pequeños.....	95
MONTALVO, JUAN.—El brindis de Sócrates.....	98
" " Anécdota.....	100
MONTERDE G. I., FRANCISCO.—Finales de fábulas.....	25
NALÉ ROXLO, CONRADO.—Drama nocturno.....	13
D'ORS, EUGENIO.—El ejemplo y el patronaje de Palissy.....	7
" " El signo sutil.....	33
" " De siete a nueve.....	54
PALMA, RICARDO.—Un predicador de lujo.....	9
" " Contra pereza diligencia.....	154
" " Anécdota.....	158
QUIJANO MANTILLA, JOAQUÍN.—La piedad de los niños.....	5
REGA MOLINA, HORACIO.—La hormiga.....	152
SÁENZ, CARLOS LUIS.—Las hormigas.....	67
SILVA VALDÉS, FERNÁN.—Árbol dorado.....	77
" " La flauta.....	81
SOTO HALL, MÁXIMO.—La tzehua.....	82
" " El quetzal.....	112
TABORGA, BENJAMÍN.—Faraday limpia vasijas en el la- boratorio de Davy.....	90
TORRES BODET, JAIME.—Mies.....	89
URIARTE, JUAN RAMÓN.—El escorpión y la tortuga.....	121
VALENCIA, GUILLERMO.—Caballeros teutones.....	99
VALLE, RAFAEL HELIODORO.—Mitología agrícola.....	58

Precio del ejemplar (160 pgns.): **¢ 1.25**. Si se toman 12 ejp. o más, sale el tomo a **¢ 1.00**.